

Bartolomé Clavero
Pedro Ruiz Torres
F.J. Hernández Montalbán

Estudios sobre la revolución burguesa en España



tución de un señorío, como objetivación de la fuerza detentada por el señor feudal, supone la admisión de un solo tipo de señorío, base del sistema de explotación feudal. Y como fundamento de éste, el poder jurisdiccional, origen de todo género de violencias, arbitrariedades y usurpaciones. Su origen estaba en la Corona, de la que teóricamente todo poder había salido, bien por venta, donación o usurpación. Y como todo pueblo o lugar estaba sometido a una de las formas de señorío, la abolición de éstos suponía su incorporación inmediata a la nación, es decir, su transformación en bienes nacionales, ya que ésta no podía desmembrarse».

Debía procederse, entonces, a deslindar el señorío jurisdiccional del territorial —algo que, en esencia, siempre estuvo unido— y por la anulación del primero no se tocaba la propiedad de la tierra; tesis ésta que fue sustentada por la burguesía, compradora de señoríos y que, claro está, simultáneamente benefició a la aristocracia aunque a partir de 1820 vio definitivamente perdidos sus derechos jurisdiccionales: «Todo ha de ser transformado, por consiguiente, de acuerdo con la legalidad impuesta por la burguesía al triunfar la revolución. La propiedad era la piedra angular, el principio sagrado. La burguesía había comprado tierras, las estaba comprando y quería seguir haciéndolo. Estaba en un periodo de acumulación de capital... Pero la tierra no podía convertirse en capital más que siendo desvinculada y desamortizada. Y ello presuponia la

desaparición de las jurisdicciones. ¿Cómo podría de otra forma la burguesía comprar tierra en forma generalizada? Dadas las circunstancias, a la aristocracia feudal no le quedaba otro remedio que acceder a la pérdida de la jurisdicción dentro del conjunto de derechos feudales que la burguesía le niega». Pero sin perder la tierra. De ahí la fisonomía exhibida por el campo español en el periodo histórico posterior, y algunas de sus proyecciones actuales. Los autores se mueven en una corriente historiográfica de tradición marxista, pero con interesantes aportaciones personales que incorporan nuevos elementos al debate teórico y abren nuevos miradores desde los cuales observar el decurso histórico español que comienza a definirse a fines del siglo XVIII. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ

HISTORIA DE LAS CRUZADAS (1)

Las Cruzadas se desarrollan desde 1086 hasta 1270, con intervalos variados de preparación, agotamiento o indiferencia.

Estudiosos de ideología católica resaltan la manifestación de la religiosidad de los pueblos europeos: «...las cruzadas revelaron el sincero deseo de los pueblos, imbuidos de un espíritu religioso, de arrebatar a los musulmanes la ciudad de Jerusalén, con el Santo Sepulcro, y otros lugares sagrados de Palestina, donde supuestamente había nacido Jesucristo y donde, según el Evangelio, había transcurrido la vida terrena del precursor del cristianismo» (pág. 7).

Por el contrario, otros autores son conscientes de la influencia que en estos hechos ejercen la situación socioeconómica de la época y los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia. Con respecto al papado, destacan las razones políticas y el deseo de reunificación con la Iglesia ortodoxa griega.

En Europa se producen agudos cambios. El trabajo artesanal y el

agrícola-ganadero se van diferenciando cada vez más, debido al éxito de la industria de la lana, de los metales e incluso de la construcción. Los burgos o ciudades surgen en esta época. Comienzan a entrelazarse suculentos vínculos comerciales entre los países europeos y con Bizancio y Oriente.

Los campesinos, en su mayoría siervos, deben soportar numerosas cargas que los mantienen en la zozobra y en la miseria. Algunas de estas cargas son: la capitación, el pago por usufructo del bosque o del prado, el tributo para la manutención de las huestes del señor. Para las fiestas del señor feudal, el siervo tiene que hacer una aportación, lo mismo que para la construcción de caminos, mercados, etc. A la Iglesia debe pagarle el diezmo, que casi siempre es más de la décima parte de sus productos.

La codicia de los señores feudales se agudiza con el desarrollo de las ciudades y del comercio con Oriente. Ya no quieren sólo pago en especies sino en metálico. La miseria de los campesinos se agrava con las guerras continuas y con las plagas y pestes que asolan Europa. Para tener una idea del hambre basta recordar los frecuentes casos de canibalismo que se producen en Francia. «El siervo, aplastado por la miseria, oprimido por su dependencia personal del terrateniente, también era víctima de su propia ignorancia, fomentada por la Iglesia, que predicaba la sumisión, la resignación y el temor» (pág. 19). Si su desgracia es la muestra de la ira de Dios, es posible aplacarla con sacrificios. Pero algunos se rebelan y se escapan a los bosques o luchan contra los privilegiados. Los señores que cada vez exigen más, también comienzan a tener miedo.

La crisis se agudiza con la adquisición por parte de los grandes propietarios, de la mayoría de las tierras. Este hecho y la implantación del sistema de mayorazgo, por el cual la herencia completa pasa al primogénito, crea un estrato de caballeros sin propiedades ni dinero. Se forman bandas de segundones que asaltan los campos y las casas de los campesinos, de los nobles, e incluso las de la Iglesia menos protegidas por soldados.

La Iglesia interviene en esta grave crisis, atendiendo a sus intereses y a los de la clase dominante. Instrumenta la manera de que los segundones se hagan con tierras, con mano de obra barata, con riquezas.

(1) Zabarov, Mijail: «Historia de las Cruzadas», Edit. Akal, Madrid, 1979, 364 págs.

Por otro lado, desvía el malestar social de los campesinos proponiéndolos una empresa liberadora, bendecida por Dios: las cruzadas. Marx interpreta que la marcha de Alfonso VI de Castilla contra Toledo en 1085 es el anuncio de la primera cruzada.

Las acciones de la orden de Cluny y ciertas reformas eclesásticas tienen como consecuencia el fortalecimiento del papado. Gregorio VII pretende no sólo estar por encima de los jefes de Estado, sino que aspira a una especie de reino universal con el Papa como rey absoluto. «Gregorio VII se proponía que todos los "reyes cristianos" aceptaran su vasallaje, que les obligaría a pagar un tributo anual al tesoro papal» (pág. 37). Esto justifica el deseo de dominar el Imperio bizantino, y someter a la Iglesia griega. La mejor ocasión se encuentra cuando Bizancio pide ayuda a Occidente contra sus enemigos. Tanto los segundos, como los señores feudales desean saquear las enormes riquezas y el lujo, jamás visto en Europa, de los países orientales. Por otro lado, en Occidente se agudizan las contradicciones sociales, la miseria es insostenible y por lo mismo, la indignación.

En este ambiente, el nuevo Papa Urbano II hace el llamamiento para la primera cruzada. El pueblo está en condiciones óptimas para esta convocatoria: anhelan realizar «un sacrificio redentor» que los libere de todas las calamidades y de sus amos. El Papa ofrece la absolución de los pecados, la recompensa eterna y además promete que la empresa reportará grandes beneficios terrenales. Todo queda consignado en una resolución del concilio de Clermont: «El que aquí está dolido y pobre, estará allí alegre y rico». Los bienes de los ricos quedan bajo custodia de la Iglesia. La exaltación religiosa hace presa de algunos fanáticos que se marcan a fuego el signo de la cruz en la carne. Por donde pasan los cruzados, el pillaje y el saqueo es la norma. Los pobladores ofrecen resistencia y matan a los que se rezagan.

«El movimiento de 1096 ofrece la particularidad de que fue una protesta campesina contra sus enemigos de clase en su propio país, hábilmente desviada por la Iglesia católica hacia Oriente» (pág. 78). Termina trágicamente ya que mueren casi todos. Los sobrevivientes entran en Jerusalén en 1099. Los cristianos degüellan, roban y realizan todo tipo de desmanes por los que son odiados. Después, con la ayuda

de la flota veneciana y genovesa, toman las ciudades importantes del Mediterráneo oriental. Estas conquistas son posibilitadas por la división del mundo musulmán.

En 1100 una nueva oleada de buscadores de fortuna se dirige a Oriente. Los historiadores han comparado este hecho con la avaricia que provocó el descubrimiento de América y sus riquezas.

Cuando los señores feudales toman posesión de los nuevos estados, imponen el sistema político del país de origen. Los campesinos orientales se resisten a sus nuevos amos a los que odian. Guillermo de Tiro los caracteriza como más terribles que la peste bubónica. Para protegerse, los señores construyen castillos.

Esta cruzada no impone la autoridad de la Iglesia romana sobre Bizancio. El cisma no es anulado. Dos órdenes se crean para fortalecer la situación de los Estados cruzados: los Templarios y los Hospitalarios, que están obligados por votos de castidad, pobreza y obediencia. Si bien, su misión es espiritual, después de la primera cruzada, adquieren neto carácter militar. A fines del siglo XII son una potente fuerza política y económica tanto de Oriente como de Occidente.

En el siglo XII, los estados musulmanes se organizan, mientras los feudales cruzados intentan estabilizarse en sus nuevos dominios, pero sus relaciones con Bizancio empeoran. Cuando Bizancio ataca Antio-

quia, en Europa se encuentra el motivo que justifica una nueva cruzada. En esta, participan reyes como Luis VII de Francia y Conrado III Hohenstaufen. Esta cruzada es para los reyes una posibilidad de expansión territorial y de botín.

En 1147 se forman las milicias de Alemania y Francia, cada una integrada por unos 70.000 caballeros, seguidos por millares de campesinos.

La segunda cruzada es un fracaso; sólo da como resultado cuantiosas pérdidas humanas y materiales. Además, pone en evidencia la desunión de los señores feudales, pues sus deseos expansionistas agudizan las contradicciones de los reinos europeos entre sí y más aún con Bizancio. El fervor religioso decae y el Papa Eugenio III, promotor de esta empresa, es denominado «anticristo».

Gregorio VIII llama una nueva cruzada, proclama que mantiene su sucesor Clemente. Esta tercera cruzada se diferencia de las anteriores en que los campesinos se mantienen al margen. Los siervos ya no se ilusionan con hallar tierras en otros lugares y prefieren abandonar el campo e irse a las ciudades que se encuentran en pleno desarrollo. Participan Enrique II de Inglaterra y su hijo Ricardo Corazón de León (mitificado por los historiadores), Federico I Barbarroja y Felipe II de Francia. El objetivo no es religioso, sino que los distintos jefes de estado intentan conquistar para sí el Mediterráneo.

Tampoco resulta como se esperaba y el mismo papado queda disconforme.

En cuanto a la cuarta cruzada, a juicio de M. Zaborov: «revela los auténticos planes de los organizadores y caballeros. Esta terminó con la derrota de Bizancio y con la formación del Imperio latino. Los cruzados derrotaron y saquearon un país cristiano, lo cual era contrario a sus promesas religiosas».

Los preparativos para esta cruzada comienzan a fines del siglo XII. La iniciativa es del Papa Inocencio III. «La línea de este político feudal en el trono papal, estuvo encaminada por entero a crear un Estado "universal" encabezado por el pontífice romano, idea que abrigaron sus predecesores hacia ya más de un siglo» (pág. 211). La cruzada que se organiza contra el Egipto musulmán se convierte en una guerra contra el Bizancio cristiano. La flota sale de Venecia en octubre de 1202. El sa-



queo de Constantinopla en 1204 desacredita las cruzadas como empresas religiosas. La consecuencia es la creación de un nuevo estado franco, el Imperio latino. Los mayores beneficios materiales son para los venecianos. La población griega y su clero no acepta reconocer al Papa como jefe supremo espiritual y no se doblega ni con represalias ni con diplomacia.

Esta es la última cruzada importante. Las restantes son estériles.

¿Qué balance puede extraerse de las cruzadas?

Se puede decir que la influencia cultural de Oriente fue enorme. Hasta en cultivos, Occidente tuvo que aprender, conoció el arroz, el trigo sarraceno, la sandía, los limones, los albaricoques, la caña de azúcar. Comenzaron a fabricarse la muselina, el damasquino, el percal y los tapices. Pero todos estos intercambios, de hecho realizados desde antes de las cruzadas, hubieran sido realidad, aunque más lentamente, sin estas guerras. Contribuyeron sí, a profundizar las contradicciones sociales y a aumentar la lucha de clases en Occidente, lo que tuvo como consecuencia la precipitación de la centralización política. Europa pagó un alto costo ya que murieron millones de personas y se perdieron enormes sumas de dinero. Las canciones populares de la época muestran el mal sabor de boca que dejaron en el pueblo. Para el Oriente musulmán, las cruzadas fueron un azote, arruinaron sus países y sembraron la muerte.

En lo que concierne al texto, peca, tal vez, de reiteración excesiva de ciertas ideas, si bien para el autor son el meollo de su tesis. Ofrece un enfoque nuevo al análisis de esta época tan apasionadamente historiada. Desteje los intereses y objetivos que dominan a políticos, religiosos o civiles. Es un manual claro: ideológicamente definido y por lo tanto comprometido con una particular visión del mundo. El autor se basa en las aportaciones de la escuela historiográfica soviética. ■ **MARIA VICTORIA REYZABAL.**

LA OTRA REVOLUCION

En los últimos años la bibliografía sobre Cuba y su revolución no sólo ha sido muy extensa, sino también

muy variada. Sin embargo, creemos que faltaba una obra que se ocupara de la participación anarquista en la misma y sobre todo que proporcionara el punto de vista de los anarquistas sobre la revolución, su gestación, su desarrollo, sus aciertos y sus errores en general. El libro de Sam Dolgoff viene a llenar este vacío.

No obstante, no se trata sólo de una valoración anarquista de la revolución cubana, puesto que aporta además datos interesantes sobre la influencia del anarcosindicalismo en el nacimiento del movimiento obrero iberoamericano, enraizándolo en el anarquismo hispano que fue llevado a Cuba por los exiliados españoles hacia los años 1880. Desde este punto de vista, el autor hace un repaso de la historia cubana partiendo de las últimas décadas del siglo XIX hasta llegar al momento presente. Así, analiza someramente la lucha por la independencia, la expansión del imperialismo norteamericano, la incidencia de la primera guerra mundial y de la revolución rusa y la dictadura de Machado, para detenerse finalmente en la era de Batista y en el papel del movimiento libertario cubano en la lucha revolucionaria.

Pero el propósito primordial del libro, como el título y el propio autor indican, es enfocar críticamente el proceso revolucionario cubano desde una perspectiva anarquista. En este sentido, se apuntan dos vertientes. Por un lado, la crítica al régimen cubano como exponente de un régimen totalitario de izquierdas, que se basa en las premisas clásicas que enfrentan al anarquismo con el comunismo, es decir, en la negación de toda autoridad, frente al estado

totalitario; en la defensa de la libertad individual y de la dignidad de la persona humana, frente al sometimiento de ambas a la acción oficial; en el federalismo frente a la colectivización, etc. Por otro, la crítica directa a Castro al que acusa de oportunismo político, de ansia desmedida de poder, de ejercer, en definitiva, un caudillismo descaradamente carismático y cesarista.

Finalmente, se ponen en tela de juicio los logros de la revolución, completándose el libro con un útil apéndice cronológico y las referencias bibliográficas correspondientes. También resulta interesante la crítica inicial a las opiniones de autores marxistas sobre el tema, desde Frank a Dumont, pasando por Huberman, Sweezy y Matthews.

Obra polémica, discutible, a veces panfletaria, pero interesante porque proporciona una nueva visión de la revolución y del régimen cubano, contemplado desde una óptica diferente. ■ **ANGELES EGIDO.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

LA RESTAURACION Y SUS «APERTURAS». Carlos Seco Serrano. Fundación Universitaria Española. Madrid, 1977, 38 páginas.

GERMANIA: UN ASPECTO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII. Miguel Ourvantzoff. Fundación Universitaria Española. Madrid, 1976, 31 páginas.

RELIGION Y POLITICA EN LA EDAD MEDIA EUROPEA. Florencio Porpetta Clerigo. Fundación Universitaria Española, Seminario «Cisneros». Madrid, 1977, 104 páginas.

ALMANAQUE DE LO INSOLITO (Vol. 6), por Irving Wallace y David Wallechinsky. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1978, 344 páginas.

CARLOS, ¿TERRORISTA O GUERRILLERO?: MIS VIVENCIAS, por Nydia Tobón. Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1978, 217 páginas.

LA IBM POR DENTRO Y MAÑANA... ¿EL MUNDO?, por Rex Malik. Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1978, 650 páginas.

